

CAPITULO XXXIII.

Prosigue la materia del pasado, y habiendo llegado el general á Quivira, vuélvese á Tigües; enfermase por la caída de un caballo; vuélvese á México y quédanse tres religiosos, de los que dos mueren á manos de indios.

1. Proveyóse el gobernador de bastimento para treinta dias, sin embargo de que el indio Turco decia, de que el pueblo de Iza y en el de Ayas, que distarian seis ó siete jornadas, habia bastante; y habiendo salido para el Poniente, se halló un pueblo distante de Tigües una jornada, á cuyos indios acarició el gobernador, y les dejó el encargo de que dijese á sus vecinos se mantuviesen en sus pueblos sin recelo de que se les hiciese cargo alguno de lo pasado, y á otras tres jornadas de tierra llana, se hallaron otros pueblos, que al uno se le puso por nombre Zitos, por los muchos que tenian en que guardaban maiz; el otro se llama Jimena, y otro Coquite, y todos se mantuvieron fortificados, sin permitir siquiera que se les hablase; y por no perder tiempo, viendo que aquellos pueblos eran como los de Tigües, pasaron adelante, sin tratar siquiera de la conversion de aquellos indios, por la falta de intérprete; y habiendo caminado seis jornadas, descubrieron una partida de vacas bravas campesinas, y muchas lagunas de agua, las unas dulces y otras salobres: son estas vacas menores que las nuestras; su lana menuda y mas fina que la merina; por encima un poco morena, y entre sí un pardillo agraciado, á la parte de atras es la lana mas me-

nuda; y de allí para la cabeza, crian unos guedejones grandes no tan finos; tienen cuernos pequeños, y en todo lo demas son de la hechura de las nuestras, aunque mas cenicientas: los toros son mayores, y sus pieles se curten dejándoles la lana, y sirven, por su suavidad, de mullidas camas; no se vió becerrilla alguna, y puede atribuirse, ó á los muchos lobos que hay entre ellas, ó á tener otros parajes mas seguros en que queden las vacas con sus crias, y deben de mudarse por temporadas, ó porque falten las aguas de aquellas lagunas, ó porque conforme el sol se retira, les dañe la mutacion del temperamento, y por eso se advierten en aquellos llanos, trillados caminos ó veredas por donde entran y salen, y al mismo movimiento de las vacas, se mueven cuadrillas de indios que no tienen pueblos, ni se mantienen con sus familias, si no es de las vacas que matan y se cubren de pieles, las que tambien venden á los comarcanos; y se dijo ser desabrida la carne de la hembra, y es providencia del Altísimo, para que los indios maten lo macho y reserven la hembra para el multiplico. En toda la tierra no se vió árbol alguno, de suerte que el estiércol de estas vacas sirvió al ejército de leña.

2. Habiendo, pues, andado cuatro jorna-

das por estos llanos, con grandes neblinas, advirtieron los soldados rastro como de picas de lanzas arrastradas por el suelo, y llevados por la curiosidad, le siguieron hasta dar con cincuenta gandules, que con sus familias, seguian unas manadas de dichas vacas, y en unos perrillos no corpulentos, cargaban unas varas y pieles, con las que formaban sus tiendas ó toritos, en donde se entraban para resistir el sol ó el agua. Los indios son de buena estatura, y no se supo si eran haraganes ó tenian pueblos; presumióse los tendrían, porque ninguna de las indias llevaba niño pequeño; andaban vestidas con unos faldellines de cuero de venado de la cintura para abajo, y del mismo cuero unos capisayos ó vizcainos, con que se cubren; traen unas medias calzas de cuero adobado y sandalias de cuero crudo: ellos andan desnudos, y cuando mas les afige el frio, se cubren con cueros adobados; no usan, ni los hombres ni las mujeres, cabello largo, sino trasquilados, y de media cabeza para la frente rapados á navaja; usan por armas las flechas, y con los sesos de las mismas vacas benefician y adoban los cueros: llámase cíbolos, y tienen mas ímpetu para embestir que los toros, aunque no tanta fortaleza; y en las fiestas reales que se celebraron en la ciudad de México por la jura de nuestro rey D. Luis I, hizo el conde de San Mateo de Valparaíso se llevase una cíbola para que se torease, y por solo verla se despobló México, por hallar lugar en la plaza, que le fué muy útil al tablero aquel dia. El sustento de aquellos indios es la carne cruda, y beben la sangre caliente.

3. Hasta allí caminaron los nuestros, guiados por el Turco para el Oriente, con mucha inclinacion al Norte, y desde entonces los guió vía recta al Oriente; y habiendo andado tres jornadas, hubo de hacer

alto el gobernador para conferir sobre si seria acertado dejarse llevar de aquel indio, habiendo mudado de rumbo, en cuyo intermedio un soldado, ó por travesura, ó por hacer carne, se apartó, y aunque lo esperaron, no se supo mas de él; y á dos jornadas que anduvieron, guiados todavía del indio, pasaron una barranca profunda, que fué la primera quiebra que vieron de la tierra desde Tigües, y á las tres de la tarde hicieron alto, y repentinamente un resaca viento les llevó una nube tan cargada, que causó horror el granizo, que despedia tan gruesos como nueces, huevos de gallina y de ánsares, de suerte que era necesario arrodelarse para la resistencia; los caballos dieron estampida y se pusieron en fuga, y no se pudieran hallar si la barranca no los detiene; las tiendas que se habian armado quedaron rotas, y quebradas todas las ollas, cazuelas, comales y demas vasijas; y afligidos con tan varios sucesos, determinaron en aquel dia, que fué el de la Ascension del Señor de 541, que el ejército se volviese á Tigües á reparar, como que era tierra abastecida de todo, en donde se podría pasar otro invierno; y que el general con algunos pasase descubriendo tierras hasta encontrar la laguna de Copala. Volvióse el campo á cargo de D. Tristan de Arellano, y aunque sin camino, acertaron á pasar por los mismos pueblos de Coquite, Jimena y Zitos, los que se portaron como ántes, fortificados; y habiendo llegado á Tigües, se hallaron todos los pueblos despoblados, y se aposentaron en el mismo pueblo de Coofert, donde ántes habian estado.

4. Al cabo de dos meses, poco mas ó menos, volvió con su gente el general á Tigües, y dieron razon que habiendo caminado mas de cien leguas, fueron á parar á los términos, segun pareció, de la Florida;

y que fueron á dar á un pueblo que se decía Quivira, cuyo cacique era fama tenia mucho oro, y se halló ser un pueblo de hasta cien casas, por lo que teniendo por mentira lo del indio Turco, le dieron garrote; ¡mal hecho, á la verdad! porque segun otras circunstancias, pudo ser que hablase el indio de algunos pueblos de Nuevo-México ó de la Florida; y en esta provincia es cierto haber mucho cobre, con lo que el pobre indio pudo engañarse y pudo errar los caminos, para dar con las porciones de oro que dicen prometia para cargar caballos y aun carros; y pudo ser castigo de Dios el que no hallasen en esta ocasion las riquezas, porque debiendo ser estas el objeto secundario de aquella jornada y el primero la conversion de tantos infieles, trocaron el destino y anhelaban por lo segundo; y así, no es mucho malograsen tantos trabajos, y lo peor es, que hasta hoy ha quedado tanto número de almas en su ceguedad, con la cierta noticia de haber tantos pueblos poblados de gentes.

5. En este tiempo tambien volvió á Tigües D. Pedro de Tovar, quien dió razon de que con la muerte de Melchor Diaz, quedó la villa de San Gerónimo en Sonora á cargo de Juan de Alcaráz, vecino de Culiacan; y por ser la tierra pobre, algunos soldados la desertaron y se fueron á México, y que los indios hicieron una estatua representando al capitan de los nuestros, y puesta en un terreno, la flechaban, y arrastrándola con gran vocería, despues con embriagueces, celebraban el figurado triunfo. No apreciaron los nuestros aquel ensayo; y así, descuidados una noche, fueron asaltados de los indios, y murieron rabiando el capitan y algunos soldados, por estar las flechas envenenadas: tambien murió un fulano Temiño, hermano de Baltasar Bañuelos, uno de los cuatro mineros

de Zacatecas; Luis Hernandez, Domingo Fernandez y otros, y los que quedaron (como sin cabeza), unos se fueron para México, y otros para Tzibola en busca del gobernador; y habiéndolos encontrado D. Pedro de Tovar, los revolvió para la villa de San Gerónimo con ánimo de castigar á los rebeldes; mas se halló con toda la tierra des poblada, que es toda la noticia que dió en Tigües el general.

6. Con la pesadumbre que se deja entender, trató el gobernador de volver á intervenir en Tigües; y así él como los demas capitanes del ejército, debian estar tan ciegos de la pasion de la codicia de riquezas, que no trataban de radicarse poblado en aquel paraje que veian tan abastecido, ni de reducir á los indios é instruirlos en algo de la fé, que es la que debian propagar: solo trataron de engordar sus caballos para lo que se ofreciese pasado el invierno; y andando adiestrando el gobernador uno que tenia muy brioso, se le fué la silla, y dando la boca en el suelo, quedó sin sentido, y aunque despues se recobró, el juicio le quedó diminuto, con lo cual trataron todos de desistir de la empresa, porque aquel paraje, que parecia lo mejor para labores de trigo, estaba expuesto á heladas, pues el rio se congelaba, de suerte que por él pasaban los caballos cargados; que habia mas de quinientas leguas á México; que la mar del Sur estaba distante; que la tierra era pobrísima y no se habia visto cosa de estima sino las turquesillas ó chalchihuites. A todo convenia el general, porque ya estaba aturdido y en México tenia buenos repartimientos y mujer; y para asegurarse mas solicitó firmasen todos, aunque muchos de los capitanes fueron de sentir se amparase la tierra hasta dar cuenta al señor virey, sin cuyo embargo poco á poco fueron saliendo por el mismo camino que habian llevado.

7. Pero porque el padre Fr. Juan de Padilla cuando acompañó á D. Francisco Vazquez Coronado hasta el pueblo de Quivira, puso en él una cruz, protestando no desampararla aunque le costase la vida, por tener entendido hacer fruto en aquellos indios y en los comarcanos, determinó volverse, y no bastaron las instancias del gobernador y demas capitanes para que desistiese por entónces del pensamiento. El padre Fr. Luis de Ubeda rogó tambien le dejasen volver con el padre Fr. Juan de Padilla hasta el pueblo de Coquite, en donde le parecia podrian servir de domesticar algo á aquellos indios por parecerle se hallaban con alguna disposicion; y que pues él era viejo, emplearia la corta vida que le quedase en procurar la salvacion de las almas de aquellos miserables. A su imitacion tambien el padre Fr. Juan de la Cruz, religioso lego (como lo era Fr. Luis de Ubeda) pretendió quedarse en aquellas provincias de Tigües, y porque se discurrió que con el tiempo se conseguiria la poblacion de aquellas tierras, condescendió el gobernador á los deseos de aquellos apostólicos varones, y les dejaron proveidos de lo que por entónces pareció necesario; y tambien quiso quedarse un soldado, de nacion portuguez, llamado Andres del Campo, con ánimo de servir al padre Padilla, y tambien dos indizuelos donados nombrados Lucas y Sebastian, naturales de Michoacan; y otros dos indizuelos que en el ejército hacian oficios de sacristanes, y otro muchacho mestizo: dejáronle á dicho padre Padilla ornamentos y provision para que celebre el santo sacrificio de la misa, y algunos bienecillos que pudiese dar á los indios para atraerlos á su voluntad.

8. De esta suerte quedaron estos benditos religiosos como corderos entre lobos; y viéndose solos, trató el padre Fr. Juan de

Padilla, con los de Tigües, el fin que le movia á quedarse entre ellos, que no era otro que el de tratar de la salvacion de sus almas; que ya los soldados se habian ido, que no les serian molestos, que él pasaba á otras poblaciones y les dejaba al padre Fr. Juan de la Cruz para que les fuese instruyendo en lo que debian saber para ser cristianos é hijos de la Santa Iglesia, como necesario para salvar sus almas, que les tratasen bien, y que él procuraria volver á consolarles: despídese con gran ternura, dejando, como prelado, lleno de bendiciones, á Fr. Juan de la Cruz, y los indios de Tigües señalaron una escuadra de sus soldados que guiasen á dichos padres Fr. Juan de Padilla y Fr. Luis de Ubeda hasta el pueblo de Coquite, en donde les recibieron con demostraciones de alegría, y haciendo la misma recomendacion por el padre Fr. Luis de Ubeda, le dejó, y guiado de otros naturales del mismo pueblo, salió para Quivira con Andres del Campo, donados indizuelos y el muchacho mestizo: llegó á Quivira y se postró al pié de la cruz, que halló en donde la habia colocado; y con limpieza, toda la circunferencia, como lo habia encargado, de que se alegró, y luego comenzó á hacer los oficios de padre maestro y apóstol de aquellas gentes; y hallándolas dóciles y con buen ánimo, se inflamó su corazon, y le pareció corto número de almas para Dios las de aquel pueblo, y trató de ensanchar los senos de nuestra madre la Santa Iglesia, para que acogiese á cuantos se le decía haber en mayores distancias.

9. Salió de Quivira, acompañado de su corta comitiva, contra la voluntad de los indios de aquel pueblo, que le amaban como á su padre, mas á una jornada le salieron indios de guerra, y conociendo mal ánimo de aquellos bárbaros, le rogó al portuguez,

que pues iba á caballo huyese, y que en su conserva llevase aquellos donados y muchachos, que como tales podrian correr y escaparse: hicieronlo así por no hallarse capaces de otro modo para la defensa, y el bendito padre, hincado de rodillas ofreció la vida, que por reducir almas á Dios tenia sacrificada, logrando los ardientes deseos de su corazon, la felicidad de ser muerto flechado por aquellos indios bárbaros, quienes le arrojaron en un hoyo, cubriendo el cuerpo con innumerables piedras. Y vuelto el portugues con los indizuelos á Quivira, dieron la noticia, la que sintieron mucho aquellos naturales, por el amor que tenían á dicho padre, y mas lo sintieran si hubieran tenido pleno conocimiento de la falta que les hacia; no sabe el día de su muerte, aunque sí se tiene por cierto haber sido en el año de quinientos cuarenta y dos: y en algunos papeles que dejó escritos D. Pedro de Tovar en la villa de Culiacan, se dice que los indios habían salido á matar á este bendito padre, por robar los ornamentos, y que habia memoria de que en su muerte se vieron grandes prodigios, como fué inundarse la tierra, verse globos de fuego, cometas y oscurecerse el sol.

10. El portugues Andrés del Campo y los indizuelos salieron para el Oriente guiados de algunos indios, y pasaron por diversos pueblos sin recibir daño alguno; y así como de la Florida caminaron Dorantes y sus compañeros hasta entrar en Xalisco, de donde pasaron á México, así estos peregrinos que salieron de Xalisco, penetraron toda la tierra en círculo mas corto hasta Quivira, que parece se halla en mas de cuarenta grados al polo ártico, hasta entrar en la provincia de Pánuco, que parece está en veintitres grados; y desde Pánuco el portugues se pasó á México, y los donados á Michoacan, de donde eran na-

turales. Del padre Fr. Juan de la Cruz la noticia que se tiene es, que despues de haber trabajado en la instruccion de los indios en Tigües y en Coquite, murió flechado de indios, porque no todos abrazaron su doctrina y consejos, con los que trataba detestasen sus bárbaras costumbres, aunque por lo general era muy estimado de los caciques y demas naturales, que habían visto la veneracion con que el general, capitanes y soldados le trataban. El padre Fr. Luis de Ubeda se mantenía en una choza por celda ó cueva, en donde le ministraban los indios, con un poco de atole, tortillas y frijoles, el limitado sustento, y no se supo de su muerte; sí quedó entre cuantos le conocieron la memoria de su perfecta vida.

11. Con la noticia que se tuvo de la heroica resolucion de estos apostólicos varones y de sus muertes, anhelaban muchos religiosos por internarse en aquellas tierras y pueblos, que concebían, con alguna disposicion para recibir la predicacion evangélica, como que ya aquellos fundos ó terrenos se hallaban cultivados, con el riego de la sangre de sus primeros exploradores, y entre ellos fué el padre Fr. Agustín Rodríguez, acompañado con los padres Fr. Francisco Lopez, y Fr. Juan de la Santa María; que este era hijo de la provincia de Santiago de Xalisco; y como se tenía atencion á los de dicha santa provincia, fueron los primeros que entraron, así con Guzman, como con Vazquez Coronado á Tzibola y Sinaloa, les fué fácil conseguir de los preladados de México la bendicion, y del señor virey conde de la Coruña, la licencia; y acompañados del capitan Francisco Chamuscado, hicieron su entrada y murió á manos de indios dicho Fr. Juan de la Santa María, en la provincia de Tigües, cuya muerte desistió el capitan y soldados: mas no por eso los otros dos religiosos de-

jaron de proseguir con tres muchachos, hasta ciento cincuenta leguas mas adentro, á la provincia de Marata ó Marta, en donde fueron martirizados; y con la noticia, se alentaron otros religiosos de dicha provincia de Xalisco, y fueron el padre Fr. Antonio Bernardino Beltran, con Fr. Juan de la Cruz, los que con grandísimos trabajos llegaron al pueblo de Acomo, que es junto á Quivira, en donde hallaron la cruz que habia fijado Fr. Juan de Padilla, y en todo este camino fueron pasando las rancherías de Conchos, Pasaguates, Tobos; Ipataragüites, Tigües, Marata, Quires, y Cumanes; y con noticia de haber otras provincias mas adelante, que eran las de Ubaté * y Tamos, intentaron internarse mas; pero los indios de Acomo y Quivira les aconsejaron no lo hiciesen: refiriéndoles, que por no haber tomado consejo el padre Fr. Juan Padilla, habia muerto como se lo enseñaron retratado, y segun el retrato, fué su muerte á palos y pedradas; y así, dejando algun tanto pacíficas aquellas naciones, se volvió el padre Fr. Bernardino Beltran, sin conseguir el martirio que deseaba; por lo que despues que entró D. Juan de Oñate al Nuevo-México, tuvo poco que hacer para la pacificacion de aquellos comarcas de la provincia Quivira.

12. Por acabar de una vez la jornada de Coronado, volvió con su ejército informe á Compostela, con pocos soldados, porque algunos se quedaron en Culiacan, otros despechados, se pasaron á México, y otros destrozados y pobres, y el general tan aburrido, que ni aun quiso continuar el gobierno de la Galicia, que Oñate le dejaba, y mas oyendo los trabajos que habían pasado, y la pobreza del reino. Fuése á México, en donde no fué bien recibido del vi-

* Las copias del Archivo y García, Ubeda.

rey, por haberse vuelto sin su orden. Y porque se tenga alguna noticia mas de estas tierras de Tigües, Tzibola, y Quivira, es de advertir que no son las que llamamos Nuevo-México, aunque puede considerarse toda una en el temple, provision de bastimentos y otras circunstancias; sin cuyo embargo, no es de consideracion la diversidad de nombres que los descubridores ponían los mas á su arbitrio: hoy es el camino derecho para el Nuevo-México, Zacatecas, y se atraviesa parte de los llanos de las Vacas, dejando estos á la mano derecha, lo cual no hicieron los de la jornada de Francisco Vazquez Coronado, pues estos se inclinaron al Oriente, y si caminan para el Norte con inclinacion al Poniente, no solo hubieran dado con lo que es hoy Nuevo-México, sino que en las jornadas que hicieron, se hubieran internado á grandes provincias, que se dice haber hasta la tierra del Labrador, pero hubieran hecho el mismo fruto que en las otras que descubrieron, porque estaban ciegos y querían que se les viniese á las manos el oro y la plata; y si estos hubieran querido, los que poblaron el reino de la Nueva-Galicia lo hubieran dejado en el estado miserable como quedó lo de Tzibola, Sonora, Tigües y Quivira; pero se mantuvieron los primeros conquistadores (que les llamarémos nuevos gallegos) constantes, en medio de tantos trabajos, de tantas hostilidades y de tanta pobreza, conservándose y conservando la tierra, á costa de su sangre, sin otro logro que el de reducir almas á Dios, que es el primario objeto que los primeros conquistadores no debieron perder de vista, como que este es el reino de Dios, y los demas bienes debieron ser su objeto secundario; y por eso, cuando veo reinos y provincias que en su principio fueron de grande estima ó anheladas hoy aniquiladas, y la Galicia tan pobre

desde su principio, y hoy en tanto auge, reflejo el que en esta militó la constancia de ilustres héroes, que anhelaban por la mayor gloria de Dios, y se contentaban con adquirir para el diario sustento; y siendo muchos los que emprendieron la conquista, los mas se salieron para el Perú, y otros se

entraron en busca de cerros de oro á la Quivira, y los pocos de la Galicia, que dando en su pobreza, pacificaron un reino que es hoy uno de los mas ricos y opulentos, como veremos, y se promete ser el centro de toda la América Septentrional.

CAPITULO XXXIV.

Escribe la ciudad de Guadalaxara á su Magestad, impetrando varias mercedes, y entre ellas, la esclavitud de los indios rebeldes; declárase la absoluta libertad por su Magestad; y por el Papa, ser los indios hombres.

1. Estaban ya con alguna quietud los ciudadanos de Guadalaxara, y así, trataron de solicitar lo conveniente para establecer una república en que pudiesen vivir de asiento; y para ello, el dia tres de Enero del año de quinientos cuarenta y tres, determinaron escribir á su Magestad sobre varias pretensiones: una fué el que se incorporasen en la Galicia los pueblos de la provincia de Ávalos, porque con los que tenia no eran bastantes á producir los salarios de los corregidores, como oficiales reales de Compostela informaban, y ya en el Supremo Consejo de Indias se suponía, pues habiéndose nombrado gobernador del reino á Francisco Vazquez Coronado, se le asignaron mil quinientos ducados de sueldo, si la tierra daba para su paga, y sin obligacion de su Magestad del reintegro, en caso de que no alcanzasen los aprovechamientos: tambien se alegó el que con dichos pueblos de Ávalos se podrian remunerar los grandes servicios de los primeros conquistadores de la Galicia; representóse que D. Nuño de Guzman habia reservado para sí los mejores pueblos y tierras, y pidieron se repartiessen entre los muchos que habian trabajado y quedado sin premio; y teniendo pueblos y tierras, podrian mantener sus armas y sus caballos para resistir las continuas invasiones; y los religiosos tendrian

mas seguridad para que los indios no los matasen, como lo habian hecho con otros; representóse que en la rebelion pasada murieron algunos de los conquistadores, dejando mujeres é hijos, y perdieron sus bienes y casas porque las quemaron los indios, y que así su Magestad los remunerase con encomiendas perpetuas; y que en remuneracion de sus servicios, en las ejecuciones se exceptuasen sus armas y caballos, casas y esclavos; que la ciudad de Guadalaxara no tenia propios, porque pidieron merced de las penas de cámara; dijose que confinaban con Guadalaxara y su comarca indios chichimecos, corredores, que eran zacatecos, tequejes, gajales, tejoquines y apacancas, que ni tenian pueblos, ni sembraban, ni se vestian, sino que andaban como salvajes en las sierras; y no solo no querian ser cristianos, sino que sugerian y convocaban á los reducidos á que se alzasen, porque pedian se les pudiese hacer guerra ofensiva y esclavizarlos, si requeridos en la forma acostumbrada no bajasen de paz, para que con este temor se mantuviesen los reducidos en la fé que habian prometido.
2. Tambien se le suplicó á su Magestad, por la ciudad, se les pusiese pastor, y que mandase que los pueblos de Ávalos fuesen sujetos á aquella Iglesia, para que de esta suerte hubiese diezmos para la manuten-